

La perspectiva

Luchy Núñez

Cuando era rana me asustaban sobre todo las hojas, el frufrú mientras están agarradas a las ramas. Y su caída lenta desde las copas. Y también su crujido en el suelo, por cualquier cosa. Después de las hojas, lo que más me agobiaba era el paisaje. ¡Es tan pedestre el entorno de una rana! Guijarros, suelas de zapatos, bolígrafos, palitroques, pañuelos de celulosa, condones, chapas, plantas en putrefacción junto al charco. Eso, porque yo era una rana urbana, que si hubiese vivido en el campo me habría tenido que conformar con el lodo y las raíces.

Circunscrita a un mundo tan reducido, no es de extrañar que yo fuera una rana depresiva. Es más, he llegado a pensar que los ojos desorbitados de los batracios son la consecuencia de su manera de vivir siempre alerta, desde abajo.

Reconozco, no obstante, que yo era una rana intelectualmente voraz. Empírica más que teórica, y muy inquieta. Pasaba la mayor parte del tiempo investigando. Saltaba a una piedra y desde allí divisaba cualquier objeto. Un mondadientes flotando en el humedal, por ejemplo. Cuando me parecía suficiente, pegaba otro brinco y lo observaba desde otro ángulo, desde una joroba de verdín en medio del charco, pongamos por caso. Cuando ya había visto cuanto se podía ver del mondadientes, me zambullía bajo el agua y observaba desde otra densidad, la del líquido elemento. En eso consistía mi vida. Mi único afán consistía en obtener el mayor provecho posible de mi rudimentaria pupila horizontal.

Cuando anochece y las pisadas del

guarda ya no representaban una amenaza para mí, ni las pedradas de los chicos, ni el pan que tiran algunos para que se me infle la barriga y reviente, croaba. Las ranas a fuerza de croar nos sugestionamos y nos volvemos soñadoras.

Y en esas estaba, croa que te croarás, cuando me quedé dormida y soñé que era un pájaro. Jamás en toda mi vida de rana tuve un sueño más bello y más vívido, jamás, lo juro. Un pájaro de afiladas pupilas y plumaje tornasolado de quien el cielo permanecía pendiente, contemplando mi vuelo. Pero lo mejor era mi perspectiva. Porque no miraba de abajo arriba como la rana, sino de arriba abajo. Podía abarcar la nítida conjunción de luz y viento. Desde lo alto me fijé en que existían otros charcos y otras ranas. Al volar por encima de los árboles, vi desprenderse las hojas muertas y comprendí que lo que temen las ranas desde abajo, no era más que el proceso naturalísimo de la mudanza de estaciones. Así que, en mi sueño, tuve conocimiento de que mis miedos provenían de la ignorancia. O lo que es lo mismo, de una visión exclusivamente horizontal. Pensé que cuando despertara me habría convertido en una rana más confiada y aquello que no entendiera lo dejaría en manos de la vida que era más alta y más sabia que yo. Mientras tanto, disfrutaría de mi sueño.

Me emborraché de bosques, de ríos. Bebí el viento de los abruptos acantilados. Seguí la línea de cabotaje de las estrellas. Cuanto más alto volaba, más certera y más serena era mi perspectiva. No me cabía tanta dicha en el cuerpo, pero,

a la vez, deseaba alcanzar cotas más altas, no saber qué es un límite. Planeé con las remeras abiertas, las timoneras quietas y las coberteras abarquilladas. Me sentía en paz con la rosa de los vientos y con la vida. Cerré los ojos y comprendí que no era más libre por disponer de alas, sino por poseer mayor conocimiento que la rana.

Y en esas estaba, planea que te planearás, con los ojos cerrados, cuando me quedé dormido y soñé que era un astronauta. (Jamás, en toda mi vida de pájaro, tuve un sueño más bello y más vívido, jamás, lo juro). Un astronauta con un pesado traje espacial dentro de una nave que viraba fuera de la órbita de la tierra a velocidades vertiginosas. La tierra, allá abajo, era una canica de vidrio nacarado flotando en el espacio. Si miraba hacia arriba divisaba un manto pavoroso de silencio y, prendidas de él, las fuerzas inmensas de las constelaciones atrayéndose y repeliéndose en el espacio inconmensurable. Podía intuir el girar vertiginoso de los astros que originaban corrientes cósmicas. Velocidades increíbles que desprendían destellos en todas direcciones. Galaxias deslizándose de un tiempo a otro tiempo y, por encima de todo, la inaudible música de las esferas. La intemperie de par en par abierta a la intemperie. El espacio y el tiempo puros.

Miré de nuevo hacia la Tierra.

¡La Tierra! tan conmovedoramente solitaria en la sopa oscura del espacio.

¡La Tierra y los hombres!

El hombre y punto. Absolutamente



AGUSTÍN COMOTTO.

vulnerable en su humilde rincón del universo.

Mi perspectiva era tan elevada que abarcaba la odisea de ser hombre a través de los tiempos. El pulso cósmico se acopló al de mi corazón, y vi el mundo desde el ángulo de la eternidad. Veía perfectamente que el miedo a lo desconocido había sido el mismo para los hombres: los que habitan ahora la tierra y los que la habitaron en la prehistoria. La misma soledad había acongojado al indio que desconocía los límites de la espesura y el astronauta que ignoraba los límites del espacio. El desamor había dañado todas

las edades. De la tierra subía el incensario de un holocausto interminable de injusticias.

Lo despertó el parpadeo de la telemetría de láser. En las pantallas del panel ondeaba la bandera estadounidense y se oía la voz rasposa de Louis Armstrong cantando *What a wonderful world*. El presidente de los Estados Unidos sonreía tras una humeante taza de cacao.

—Buenos días, chico. Tu presidente y América entera desean saber cómo se encuentra su astronauta.

—Muy bien, señor. Aquí arriba uno toma conciencia de lo pequeños que somos los hombres.

—Tú no, muchacho, tú no. ¡Eres mucho más que un *marine*! Eres un astronauta de los Estados Unidos que casi toca el cielo.

—Verá, no es tan sencillo, señor. Para tocar el cielo, me he entrenado, y mucho, como pájaro, pero antes, tuve que ser una buena rana, señor. Y, ahora que soy astronauta, por aquí arriba únicamente veo la negrura y el silencio. Sólo la tierra está nimbada de luz. Surge de los corazones de los hombres. Cada uno de ellos y todos juntos, iluminan la tierra. Pero ahí abajo, no se enteran, señor, no se enteran...

—¿...?